

Es tu paz lo que amamos, no tu máscara.
 No es hermoso tu rostro de guerrero.
 Eres hermosa y ancha, Norte América.
 Vienes de humilde cuna como una lavandera,
 junto a tus ríos, blanca.
 Edificada en lo desconocido,
 es tu paz de panal lo dulce tuyo.
 Amamos tu hombre con las manos rojas
 de barro de Oregón, tu niño negro
 que te trajo la música nacida
 en su comarca de marfil, amamos
 tu ciudad, tu substancia,
 tu luz, tus mecanismos, la energía
 del Oeste, la pacífica
 miel, de colmenar y aldea,
 el gigante muchacho en el tractor,
 la avena que heredaste
 de Jefferson, la rueda rumorosa
 que mide tu terrestre oceanía,
 el humo de una fábrica y el beso
 número mil de una colonia nueva:
 tu sangre labradora es la que amamos:
 tu mano popular llena de aceite.

Bajo la noche de las praderas hace ya tiempo
 reposan sobre la piel del búfalo en un grave
 silencio las silabas, el canto
 de lo que fuí antes de ser, de lo que fuimos.
 Melville es un abeto marino, de sus ramas
 nace una curva de carena, un brazo
 de madera y navío. Whitman innumerable
 como los cereales. Poe en su matemática
 tiniebla, Dreiser, Wolfe,
 frescas heridas de nuestra propia ausencia,
 Lockridge reciente, atados a la profundidad,
 cuantos otros, atados a la sombra,
 sobre ellos la misma aurora del hemisferio arde
 y de ellos está hecho lo que somos.
 Poderosos infantes, capitanes ciegos,
 entre acontecimientos y follajes amedrentados a veces,
 interrumpidos por la alegría y por el duelo,
 bajo las praderas cruzadas de tráfico,
 cuantos muertos en las llanuras antes no visitadas;
 inocentes atormentados, profetas recién impresos,
 sobre la piel del búfalo de las praderas.

De Francia, de Okinawa, de los atolones
 de Leyte (Norman Mailer lo ha dejado escrito),
 del aire enfurecido y de las olas,
 han regresado casi todos los muchachos.
 Casi todos... Fué verde y amarga la historia
 de barro y sudor: no oyeron
 bastante el canto de los arrecifes
 ni tocaron tal vez sino para morir en las islas, las coronas
 de fulgor y fragancia:

sangre y estiércol
 los persiguieron, la mugre y las ratas,
 y un cansado y desolado corazón que luchaba.
 Pero ya han vuelto, los habéis recibido
 en el ancho espacio de las tierras extendidas
 y se han cerrado (los que han vuelto) como una corola
 de innumerables pétalos anónimos
 para renacer y olvidar.

II

Pero además han encontrado un huésped en la casa,
 o trajeron nuevos ojos (o fueron ciegos antes)
 o el hirsuto ramaje les rompió los párpados,
 o nuevas cosas hay en las tierras de América.
 Aquellos negros que combatieron contigo, los
 duros y sonrientes, mirad:
 han puesto una cruz ardiendo
 frente a sus caseríos,
 han colgado y quemado a tu hermano de sangre,
 le hicieron combatiente, hoy le niegan
 palabra y decisión, se juntan de noche los verdugos
 encapuchados, con la cruz y el látigo.

(Otra cosa
 se oía en ultramar combatiendo).

Un huésped imprevisto
 como un viejo octopus roído, inmenso, circundante,
 se instaló en tu casa, soldadito,
 la prensa destila el antiguo veneno, cultivado en Berlín,
 los periódicos (*Times, Newsweek, etc.*) se han convertido
 en amarillas hojas de delación, Hearst
 que cantó el canto de amor a los nazis, sonríe
 y afila las uñas para que salgáis de nuevo
 hacia los arrecifes o las estepas
 a combatir por este huésped que ocupa tu casa.
 No te dan tregua: quieren seguir vendiendo
 acero y balas, preparan nueva pólvora
 y hay que venderla pronto, antes de que se adelante
 la fresca pólvora y caiga en nuevas manos.

Por todas partes los amos instalados
 en tu mansión alargan sus falanges,
 aman a España negra y una copa de sangre te ofrecen:
 (un fusilado, cien): *el cocktail Marshall*.
 Escoged sangre joven: campesinos
 de China, prisioneros
 de España,
 sangre y sudor de Cuba azucarera,
 lágrimas de mujeres
 de las minas de cobre y del carbón en Chile,
 luego batido con energía,
 como un golpe de garrote,
 no olvidando trocitos de hielo y algunas gotas
 del canto "*Defendemos la cultura cristiana*".
 ¿Es amarga esta mezcla?
 Ya te acostumbrarán, soldadito, a beberla.
 En cualquier sitio del mundo, a la luz de la luna,
 o en la mañana, en el hotel de lujo,
 pida usted esta bebida que vigoriza y refresca
 y páguela con un buen billete con la imagen de Washington.

Has encontrado también que Carlos Chaplin, el último
 padre de la ternura en el mundo,
 debe huir, y que los escritores (Howard Fast, etc.),
 los sabios y los artistas
 en tu tierra
 deben sentarse para ser enjuiciados por "*Un-american*" pensamientos
 ante un tribunal de mercaderes enriquecidos por la guerra.
 Hasta los últimos confines del mundo llega el miedo.
 Mi tía lee estas noticias asustada,
 y todos los ojos de la tierra miran
 esos tribunales de vergüenza y venganza.

Son los estrados de los Babitts sangrientos,
 de los esclavistas, de los asesinos de Lincoln,
 son las nuevas inquisiciones levantadas ahora
 no por la cruz (y entonces era horrible e inexplicable)
 sino por el oro redondo que golpea
 las mesas de los prostíbulos y los bancos
 y que no tiene derecho a juzgar.

En Bogotá se unieron Morínigo, Trujillo,
 González Videla, Somoza, Dutra, y aplaudieron.
 Tú, joven americano, no los conoces, son
 los vampiros sombríos de nuestro cielo, amarga
 es la sombra de sus alas:

prisiones,
 martirio, muerte, odio: las tierras
 del Sur con petróleo y nitrato
 concibieron monstruos.

De noche en Chile, en Lota,
 en la humilde y mojada casa de los mineros
 llega la orden del verdugo. Los hijos
 se despiertan llorando.

Miles de ellos
 encarcelados, piensan.

En Paraguay
 la densa sombra forestal esconde
 los huesos del patriota asesinado, un tiro
 suena
 en la fosforescencia del verano.